

EL ESPACIO COMO FACTOR EDUCATIVO

Por Miguel Angel SANTOS GUERRA

Uno de los factores que configuran nuestra personalidad es el espacio. Junto con el tiempo forma las coordenadas existenciales sobre las que se sienta la vida del hombre.

En efecto, el hombre es un ser óptico-estereoscópico. Curiosamente decimos: «A ver», «Déjame ver». Y no sólo miramos sino que tocamos las cosas.

El espacio es tridimensional, tiene cosas, va armándose de objetos. Tiene fondos, planos, perspectivas. También tiene movimiento. Somos seres espaciales.

¿De dónde han salido las tres dimensiones? Surgen de los tres ejes que atraviesan al hombre, dando lugar a sus seis polos de referencia. Estas «dimensiones capitales» no son intercambiables, y forman el «espacio propio» (1).

a) *Plano transversal*: Plano horizontal con el suelo. Tenemos orientación céfalo-caudal. Otros vertebrados tienen la cabeza delante. Su modo de ver el mundo, de sentirse en el mundo y de comunicarse con las cosas es radicalmente distinto. Esta larga conquista a través de la filogénesis que nos ha con-

(1) STERN, W.: *Allgemeine Psychologie auf personalistischer Grundlage*. La Haya, 1935.

vertido en «homo-erectus» ha traído una serie de condicionamientos psicológicos que no se pueden ignorar. Véase, por ejemplo, todo el transfondo de concepciones como «pensamientos elevados», «bajas pasiones», «el cielo está arriba», «el infierno está abajo»...

b) *Plano antero-posterior*: Plano medio vertical que nos pasaría por el vertex dividiéndonos a lo largo de los hombros. Nos divide en dos partes: anterior o rostral y posterior o dorsal. Tenemos pecho y espalda. Piénsese ahora en el significado de expresiones como «dar la cara», «atacar por la espalda», «afrentar las dificultades»...

Psicológicamente damos más importancia a la parte anterior, como se la dábamos a la parte de arriba. La cara es una encrucijada de sentidos y forma una parte social muy importante del hombre.

c) *Plano sagital*: Plano que nos divide en dos secciones, derecha e izquierda. Somos diestros o zurdos. La simetría del hombre es relativa. Cultural y psicológicamente distinguidos: «ser de derechas», «ser de izquierdas», «sentarse a la derecha en el convite», «caminar a la izquierda»...

En este sentido es clara la asignación de valoraciones más positivas a la derecha. («Está sentado a la derecha del Padre...»)

Es elocuente la polisemia del término «sinistro», que recorre un significativo espectro de acepciones: lugar que está a la izquierda, accidente o avería grave, de intención aviesa, de carácter funesto y aciago...

En estos tres planos físicos está situada la conducta humana, que es una conducta espacial y psicológicamente orientada.

No queremos plantearnos en estas líneas el problema filosófico del espacio. En realidad ese no es un problema de la psicopedagogía, que afronta el espacio de una manera vivencial: «yo me noto», «yo me siento frente a las cosas»... El espacio está ahí, yo me muevo en él.

Tampoco nos preocupa ahora la concepción psicológica del espacio como una adquisición intelectual en la ontogénesis.

Nos interesa reflexionar en las implicaciones educativas que supone el hecho de que el hombre es un ser espacial que vive inmerso en lugares físicos, psíquicos y sociales.

1. Espacios de carácter físico

1.1 *El espacio fetal*: Es el primer receptáculo en que se mueve el ser humano. Qué duda cabe (aunque sea muy difícil saber en qué medida precisa y de qué modos sutiles) que puede resultar cómodo o incómodo en unos u otros casos. A veces, hay que compartir ese espacio con otra u otras personas, o con un tumor. Todo es diferente y en cada caso el individuo recibe unas influencias determinadas.

Las condiciones ambientales son decisivas en este caso. Y también las de carácter mecánico que facilitan al nuevo ser o una vivienda inhóspita o un lugar de tranquilidad y sosiego.

1.2 *El espacio del lactante*: El regazo (los brazos fundamentalmente) es importante no sólo en el aspecto físico sino en el afectivo. La suavidad, la cómoda firmeza, el leve movimiento...

También la cuna. Qué duda cabe que no es lo mismo permanecer «momificado» durante largas horas en un lugar oscuro y lleno de ruidos que en una holgada libertad de movimientos dentro de una cuna, a su vez colocada en una habitación luminosa y tranquila.

1.3 *Los espacios domésticos*: La casa tiene una gran importancia ya que en ella transcurren muchas horas y, por otra parte, se trata de horas de gran transcendencia emocional. El niño ha tomado ya posiciones en el espacio, se mueve de un lugar a otro de forma consciente, se relaciona con las cosas de una forma activa y orientada. Y adquiere nociones de tipo espacial, construyendo sus mapas y llegando a la categoría del espacio en el pensamiento.

Ya hemos dicho que no nos ocupaba en este trabajo el problema de la adquisición evolutiva del concepto «espacio» en el niño (2), problema especialmente interesante desde el aspec-

(2) Véase para ello:

PIAGET, J. e INHELDER, B.: *La représentation de l'espace chez l'enfant*, P.U.F., París, 1972.

HOLLOWAY, E. T.: *Concepción del espacio en el niño, según Piaget*, Paidós, Buenos Aires, 1969.

BOURDON, B.: *La perception visuelle de l'espace*, C. Reinwald, 1962.

to evolutivo. Solamente queremos hacer constar la trascendencia educativa que suponen los ambientes o dintornos en que transcurre la vida del hombre. Lugares que están dispuestos como un juego de cajas chinas: la cuna, la habitación, la casa, la ciudad, la patria, el continente, el planeta, la galaxia...

¿Cómo no va a repercutir en la configuración psicológica del individuo un tipo de vivienda en el que todos permanecen hacinados, sin independencia, sin claridad, sin limpieza, sin estética? ¿No será en buena parte distinto un individuo que ha vivido su infancia en una casa espaciosa, limpia, llena de luz?

Sé que existen otros factores seguramente más decisivos, pero esa es otra cuestión.

Importa, de paso, hacer constar todo el «código espacial» que explícita o implícitamente preside la utilización de los territorios domésticos. Piénsese en los «misterios del desván» que conoce muy bien un niño de pueblo, todo lo que suele llevar consigo de clandestinidad, intriga, riesgo, exploración de un mundo casi irreal... Piénsese en las peculiaridades del cuarto de baño, único lugar de la casa que tiene un cerrojo (¿Qué pasa ahí dentro que siempre que se entra hay que cerrár?), un lugar en el que siempre se entra de uno en uno... ¿Y la cocina, lugar frecuentemente reservado a las mujeres de la casa? El niño pasa siempre por allí para coger algo del frigorífico, pero no para trabajar, para ayudar... Llegará el momento en que el niño necesite cierta independencia, en que exija su particular territorio (a veces un simple cajón) del que guardará celosamente la llave: es terreno vedado a la curiosidad de los demás, es parte de su propia intimidad... Existen también en la casa zonas de convivencia: el salón, el comedor: son lugares con funciones de reposo y de relación. No tienen dueño, son los lugares de todos. La comida suele ser un lugar de «rendir cuentas», de «revisar los comportamientos», «de proyectar nuevas cosas»... También encontramos la habitación de los padres, un lugar que suele ser impresionante: al niño le merece todos los respetos y le despierta todas las curiosidades. En aquella

FERENCZI, V.: *La perception de l'espace projectif*, Didier, París, 1966.

SAUVY, S.: *L'enfant à la découverte de l'espace*, Casterman, París, 1972.

PIAGET, J., CRECO, P. y otros: *L'epistemologie de l'espace*, P.U.F., París, 1964.

habitación se ejerce la sexualidad de una forma que para él es paradójicamente reservada-descarada, clara-intrigante...

Las puertas tienen, obviamente, una función importante. El lenguaje de las puertas es muy significativo. El de todas las puertas de la casa, ya que no hay ninguna igual a otra. Y —por supuesto— el de la puerta de la calle. El día en que el chico tiene su propia llave se considera una persona adulta. El reducto familiar se franquea libremente, sin preocupaciones de horario.

Ciertamente, las funciones del territorio familiar cambian diacrónicamente a medida que evolucionan las costumbres de una sociedad. Y también, en un sentido sincrónico, cambian de unos lugares a otros. ¿Cómo no diferenciar una casa esquimal de un chalet en Bretaña? ¿Cómo no van a ser distintos los individuos nacidos y crecidos en una casa de campo y otros que lo han hecho en el piso 115 del Empire State neoyorquino?

Habría que pensar también (además del lugar de emplazamiento y dimensiones) en la estética que preside su amueblamiento y la libertad de movimiento de que goza el niño en ella. De sobra sabemos que existen, en ocasiones, «niños para las casas» y no «casas para los niños». Se les constriñe a una inmovilidad excesiva «para que no rompa», «para que no manche», «para que no gaste»..., sin tener en cuenta sus más elementales necesidades de movimiento e iniciativa.

Otro tanto hay que decir de la decoración sobre la que, cuando es joven, conviene darle opinión, iniciativa y decisiones. ¿Qué hace un joven cuando tiene una habitación de la que puede disponer a su antojo?

1.4 *La localidad*: El término se ha sustantivado muy significativamente. Localidad no es concepto similar al de temporalidad. Nos solemos referir con él al pueblo o ciudad en que vivimos, más que a la calidad que determina a las cosas a un lugar preciso.

Tiene una importancia decisiva, máxime si se tiene en cuenta que, en muchas ciudades, la casa se convierte en un dormitorio ya que los individuos salen por la mañana y no regresan hasta la noche, incluso los más pequeños.

Un pueblo, por ejemplo, tiene unos condicionamientos vitales muy específicos, completamente distintos a los que ofrece una gran ciudad.

La gran población impone el anonimato. Nadie es conocido cuando transita por la calle, cuando viaja en los transportes públicos.

La ciudad estira las distancias y acrecienta la movilidad. (Piénsese que un niño puede pasar *un mes entero* dentro del autobús que le lleva al Colegio si se suman todas las horas de desplazamiento).

La agitación es mucho mayor: el «tempus» vital de los individuos es distinto, más acelerado. La prisa se hace un estilo de vida.

El contacto con la naturaleza es menor en la ciudad, los lugares de recreo se circunscriben frecuentemente al marco de la casa, no existen tipificaciones costumbristas tan arraigadas...

El número y calidad de los estímulos ambientales es también diferente. Este hecho desencadena una adaptación peculiar y unos mecanismos de respuesta específicos, que van configurando la forma de ser.

Añádase a esto el fenómeno de los desplazamientos de fin de semana y de vacaciones. ¿Ha de ser igual el modo de ser y el modo de estar en el mundo de un niño que ha recorrido muchas ciudades y países que el de aquel que nunca ha salido del pueblo a no ser en circunstancias excepcionales?

1.5 *El espacio motriz*: Es el límite de nuestro campo práxico o deambulatorio. Un niño paralítico tiene un campo próximo muy diferente al del hijo de un diplomático obligado a trasladarse con frecuencia, incluso de domicilio.

Primordialmente, el niño tenía un espacio oral (primera zona en el desarrollo de la conciencia del espacio), relativa a las sensaciones y los movimientos de la boca.

Luego se acercará al espacio de prensión. Todo lo que se halla al alcance de las manos es reconocido y explorado.

Y finalmente es capaz de acceder al espacio lejano. Al principio siendo llevado por otras personas, después por su propia iniciativa y movimientos.

La movilidad social alcanza hoy unas cotas difícilmente imaginables hace años. Esto trae consigo unas repercusiones psicopedagógicas de singular importancia. ¿Qué está cerca? ¿Qué está lejos?

El coche es una prolongación de nuestras piernas. No es algo ajeno a nosotros. Se ha convertido en una parte de nuestro cuerpo. La velocidad del coche es nuestra velocidad en la exploración del mundo. Merleau-Ponty dice que el cuerpo es «aquello por medio de lo cual tenemos el mundo». Pero nuestro cuerpo se ha «engrandecido» por medio de la técnica (3).

El pueblo-ciudad pierde sus fronteras, el concepto patria se hace más borroso al hacerse presente el hombre en todas las partes del mundo. Este se convierte en lo que significativamente llama McLuhan en «la aldea total».

Y los medios de comunicación rompen el espacio. «No son ya el cine y la TV quienes hacen pensar en el mundo, ahora, es el mundo quien es visto en función de los temas y esquemas de la información visual» (4).

2. Espacios de carácter psicológico

Existe otro tipo de espacio no circunscrito radicalmente al espacio físico, aunque esté directamente vinculado a él. En un mecanismo de feed-back interminable el individuo crea estos espacios peculiares, que a su vez reobran sobre su propio modo de ser.

2.1 *El espacio sensorial*: Llegamos hasta donde alcanzan nuestros sentidos. El espacio es conquistado psíquicamente de manera muy distinta por cada especie animal. El perro, por ejemplo, explora el espacio con un olfato muy superior al del hombre. Pero también existen diferencias individuales para cada individuo. De ahí la necesidad de educar los sentidos para que el niño domine de forma más amplia y más plena su mundo.

(3) MCLUHAN, M.: *Message et Massage*, Editions Jean J. Pauvert, 1968.

(4) COHEN-SEAT, G.: Ed. Denoël, 1961, pág. 51.

Un invidente explora el espacio de «otra manera». Y esto hace que sea una persona de algún modo distinta al hombre de vista normal que puede ver el resplandor de una cerilla a una distancia de 80 kilómetros si es una noche oscura y sin niebla (5).

Hemos aludido anteriormente al fenómeno que McLuhan llama «engrandecimiento». Hemos de volver al concepto al referirnos a los sentidos del hombre «audiovisual». En efecto, el desarrollo de los medios de comunicación por medio de la electrónica ha supuesto una extensión del hombre en el mundo, una ampliación de sus sentidos, un superdesarrollo de su sistema nervioso.

La tesis de McLuhan es apasionante. La televisión —por ejemplo— se ha convertido no «en algo que vemos» sino «en algo con lo que vemos». La televisión ha pasado a ser nuestro nuevo sentido de la vista. Y, claro está, un sentido necesita ser ejercitado. Esto supone unas implicaciones educativas que van más allá de los contenidos visuales porque afectan al hecho mismo del medio. Es decir, si la televisión es parte de mi cuerpo, parte de mis sentidos, yo he de saber qué es lo que quiero hacer con mi cuerpo, con mis sentidos. De ahí el gravísimo problema de tener alquilados los sentidos en manos' de quienes me hacen ver e ir donde quieren, cuando quieren y para lo que quieren.

Por otra parte el mundo «implota» para el hombre actual. Hace años, para conocer el mundo tenía el hombre que salir de su casa, recorrerlo, explorarlo. Pero hoy no es así, el espacio viene a él, el mundo se mete en la casa. Este hecho transforma los esquemas temporales, modifica las coordenadas espaciales del hombre...

2.2 El espacio afectivo: Llamamos espacio afectivo al alcance emocional entre una persona y otra u otras. Por ejemplo, el espacio afectivo familiar, de la pandilla, de los enamorados. No es lo mismo el espacio afectivo de una conversación amistosa que el de un discurso político.

(5) MORGAN, C.T.: «*Introducción a la psicología*», Editorial Aguilar, Madrid, 1974, pág. 299.

El espacio afectivo supone la existencia de carga emocional que puede tener dos polos: cordialidad y hostilidad. El espacio estará marcado por la intensidad y los límites de esa descarga afectiva.

Constantemente manejamos nuestro espacio emocional y afectivo, de manera inconsciente las más de las veces.

Existen distancias óptimas para la relación, según la intensidad y el tipo de nexo afectivo que une a las personas.

El educador debe estimular la creación de campos afectivos en el niño. Es más, crear él mismo un «espacio adecuado» para la comunicación, más allá —más acá— de la simple relación instructiva.

Dentro de este apartado, debemos hacer una llamada para referirnos al espacio sexual. Es una clase dentro del afectivo. Puede ser más o menos amplio o limitado. Puede tener incluso la distancia de kilómetros. El grillo, por ejemplo, puede realizar una descarga sexual por el sonido (natural o producido por discos) cuya fuente se encuentra muy lejos. En el hombre, el olor de otra persona puede provocar o crear un clima sexual...

En otro sentido debemos hacer referencia a los territorios que en época de celo delimitan con precisión algunos animales. Y en el caso del hombre existen unos espacios que culturalmente se asocian al comportamiento sexual: piénsese en la cama («ir a la cama» se emplea frecuentemente con un matiz claramente sexual) o en el coche en ciertos ambientes juveniles...

2.3 *El espacio social:* Es el alcance de las relaciones de una persona. No es lo mismo el espacio de un niño enfermo, apenas relacionado que el de un niño que se ha hecho famoso como actor de cine. Pienso en el caso de la niña Ana Torrent, protagonista de «El espíritu de la colmena», de Víctor Erice y de «Cría cuervos», de Carlos Saura. Esta niña se ha convertido en una persona sin delimitación de espacio social. Es conocida y señalada por muchas personas. Incluso el tono de la relación en su ambiente habitual cambia de signo para ella. De ahí la angustia de algunos famosos que no encuentran nunca el anonimato, que han de actuar conforme a su estereotipo, que saben que sus actuaciones tienen repercusión mundial. Esto

crea una especie de «conciencia de enormidad». Y el espacio de la fama se convierte en una constante mental.

El espacio social guarda una relación estrecha con la profesión del individuo. Un artista, un profesor, un minero tienen un espacio social probablemente distinto en razón de su ocupación, de su forma de vida.

Es preciso que el niño tenga su propio y adecuado espacio social, no limitado al área familiar. Decimos «adecuado», con lo cual nos referimos a la acomodación del espacio social a las características de la psicología del niño. Y «propio» porque es intransferible la tarea de crear la red de relaciones interpersonales convenientes. Son claras muchas consecuencias educativas: inoportunidad del estrellato prematuro, de la sobreprotección materna, del autismo...

2.4 *El espacio vital*: La psicología topológica es una teoría de campo formulada por Kurt Lewin en la que aplica conceptos extraídos de la topología y del estudio de los vectores.

El espacio vital abarca no solo al individuo sino a todas las fuerzas que intervienen en la determinación de un comportamiento. Los factores intervinientes son de muy diverso tipo: personas, objetos, tensiones, emociones, fantasías...

Kurt Lewin trata de representar el espacio vital como un espacio geométrico al que aplica leyes matemáticas. Su teoría es el primer intento de sistematización de la influencia del espacio sobre la configuración psicológica. El espacio es, a su vez, una resultante sobre la que se configura el campo psíquico (6).

Podríamos hablar también de un espacio estético, de un espacio religioso... De cada una de estas acotaciones psico-espaciales podrían deducirse importantes consideraciones de carácter educativo. De hecho, el hombre actúa por prevalencias en el espacio físico: nos movemos, nos orientamos, nos coloca-

(6) LEWIN, K.: *Principles of topological Psychology*, Nueva-York-Londres, 1936.
LEWIN, K.: *Field theory in social science*, Nueva York, 1951.

mos de maneras determinadas. También en los espacios de carácter psicológico.

Al educador de hoy se le presentan, por otra parte, nuevos planteamientos. Hasta hoy son excepciones los hombres que han volado a otros planetas. ¿Qué tipo de sensación se tiene al ver la tierra como un granito de arena a nuestros pies? Esta vivencia de la extraterrestridad no es casi imaginable todavía. Solamente quien la ha vivido es quien la conoce. ¿Qué siente una persona que puede ser *enterrada fuera de la tierra?*...

La velocidad hace que se modifiquen profundamente nuestras posiciones en el espacio. Podemos salir de un lugar y llegar a otro «antes de haber salido». Quiero decir que se rompen los patrones, se desmoronan las barreras, se recorren los caminos más largos en tiempos progresivamente más cortos.

La moderna ciencia hace que tengamos que enfrentarnos a datos criogénicos. La miniatura llega a extremos insignificantes. Aquel reloj de pared se fue achicando hasta hacerse un reloj de pulsera, y éste se ha hecho más diminuto para llevarse en una sortija, y éste a su vez... Se rompe la barrera del espacio, incluso como problema conceptual. ¿Cómo es posible meter en ese «espacio mental» un cuerpo tan voluminoso de aparatos? ¿Podríamos pensar que llegaremos a un mundo ahumano hecho por el hombre, a un hombre asensorial nacido de sus sentidos?

Estas consideraciones quieren ser una llamada, una invitación a todos los educadores. A todos y a cada uno incumbe encontrar los caminos —los métodos, decimos— para actuar de una forma auténticamente educativa.